

6685

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LA
MANZANA

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

MADRID.

SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1884.

2

人外之...

LA MANZANA.

OBRAS CÓMICAS

DE

DON FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

REPRESENTADAS EN LOS TEATROS DE MADRID.

- RECURSO DE CASACIÓN, comedia en un acto, arreglada del francés.
EL OSO Y EL CENTINELA, juguete cómico en un acto, original.
UN CAMBIO DE SITUACIÓN, juguete cómico en un acto, original.
CON LUZ Y Á OSCURAS, comedia en un acto, original.
CASI... CASI..., juguete cómico en un acto, original.
LA MANZANA, comedia en un acto, original.

LA MANZANA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

Representada per primera vez en Madrid, en el Teatro de LARA, el día
24 de Setiembre de 1884.



MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.

Calvario, 18, principal.

1884.

PERSONAJES.

ACTORES.

CLARA.....	SRA. D. ^a BALBINA VALVERDE.
SOFÍA.....	» » ELOISA GORRIZ.
JORGE.....	SR. D. JULIAN ROMEA.
JULIO	» » PEDRO RUIZ DE ARANA.

La acción se supone en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales hayan celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírica-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

A LA MEMORIA

DE MI QUERIDA SOBRINA

MERCEDITAS CAPO Y CLOSAS.

24 de Setiembre de 1884.

673281

ACTO ÚNICO.

Gabinete muy elegante. Puerta de entrada al foro. En primer término, derecha, chimenea, en segundo balcón: á la izquierda dos puertas. Á un lado de la puerta del foro una consola, al otro un *bureau secretaire*. En el centro un velador con papel, sobres y todo lo necesario para escribir. Al levantarse el telón, Jorge, que se supone acaba de entrar, está en la puerta del foro, como hablando con alguna persona que se halla dentro.

ESCENA PRIMERA.

JORGE.

¿Que ha salido la señorita?... Bien. ¡Ah! ¿Con la señorita Clara... ¡Mal!... No... nada... no es contigo... (Hablando consigo.) Esa dichosa vecinita ha venido á sacar á mi mujer de su casa, y á mí de mis casillas... (Como contestando á la persona con quien se supone que hablaba.) Está bien, no quiero nada más. (Viene al centro de la escena.) Decididamente esa intimidación comienza á disgustarme, y si Clara no fuera esposa de Julio, mi amigo de la infancia, era cosa de ponerla cortesmente de patitas en la calle... Pero ¡quién! Si despues de todo

tengo yo este pícaro génio tan corto, tan encogido... Varias veces he pensado decirla las cuatro verdades del barquero... he estudiado la fórmula mejor para rogarla que deje de intervenir en mis asuntos, y de meterse en lo que no la importa... mas al verla delante, ya no he sabido por donde empezar... (Se sienta al lado de la chimenea.) Y ello es que esto no puede seguir así... Desde que tuvieron la desdichada idea de mudarse á esta casa, mi mujer ha sufrido una transformación completa. Ella que nunca quería salir, que no podía estar ún momento lejos de su marido, ahora se pasa en la calle horas y horas, siempre con la dichosa vecina. Ella, que no tenía más pensamiento que el mio, que no sabía oponerse á mis deseos, ni contrariar mis gustos, ya se atreve alguna vez á contradecirme, aunque tímidamente todavía, y se permite poner mala cara, si desde luégo no accedo á algun capricho. Y en fin—¡esto es lo que más me disgusta!—ella, que siempre tuvo en mí confianza ciega, ya empieza á demostrar recelos cuando salgo, á examinarme escudriñadoramente cuando vuelvo, y áun á dirigirme intencionadas reticencias si tardo... La vecinita, acostumbrada á dominar á su marido, se ha convertido en consejera de Sofía, y se ha propuesto que yo sea una segunda edición de Julio... ¡Vive Dios, que si ese es su propósito, á pesar de mi carácter maldecido, la voy á dar una lección, que no se la olvidará fácilmente!

ESCENA II.

JORGE y JULIO por el foro.

JULIO. (Entrando.) Buenos días, querido.

JORGE. ¡Hola!... ¿Eres tú?

JULIO. El mismo... Acabo de saber que Clara ha salido hace rato con tu mujer. (Se sienta cerca de la chimenea al lado de Jorge.)

JORGE. Sí... Eso me han dicho.

JULIO. ¡Ay, amado Jorge! ¡Qué feliz soy! Cada día bendigo con más fervor el dichoso momento en que me ocurrió la idea de venirme á vivir á esta casa.

JORGE. ¿Sí, eh?

JULIO. Ya lo creo. La amistad de nuestras esposas, es mi salvacion. Conviene por tanto, conseguir á todo trance, que esa amistad continúe, se consolide, eche raíces y se haga eterna...

JORGE. ¿Conque eterna?

JULIO. El día en que concluya, ó se entibie, desaparecerán otra vez la dulce tranquilidad que hoy disfruto, la ansiada libertad porque tanto tiempo he suspirado... ¡Ay, Jorge!... yo no era un marido... yo era una desdichada víctima, un infeliz siervo...

JORGE. ¿Ciervo?

JULIO. (Precipitadamente.) No... Siervo... con *ese*. (Muy marcada la *ese*.)

JORGE. ¿Con quién? (Riendo.)

JULIO. Con nadie... siervo... ó esclavo, para evitar equívocos.

JORGE. ¡Pobre Julio!

JULIO. ¿Te acuerdas, amigo mio, de nuestros dichosos años juveniles?

JORGE. Tú eras entónces un calavera incorregible.

JULIO. Y tú un modelo de sensatez y de bondad... los dos estudiábamos Derecho.

JORGE. Sí; pero tú, aunque estudiabas Derecho, andabas siempre bastante torcido.

JULIO. Es verdad... para mí no había nada más *indigesto* que el *Digesto*; las partidas de don Alonso, no valían lo que las de *monte ó baccarat*, prefería una mala corrida de becerros, á las magníficas *leyes de Toro*, y por último, nunca pude comprender al famoso legislador *Gallo*, sino muerto y guisado con arroz. Á pesar de todo, como tú, tomé el título de licenciado.

JORGE. Eso es, cuando debieras haber tomado el de licencio-

so... ¿Quién me había de decir, que al cabo de algunos años te había de encontrar casado... que habías de sentar la cabeza!...

JULIO. Pues sí, amigo mio, la he sentado... pero la he sentado en una silla de espinas. Tú en todo prudente y reflexivo, te has casado con una jóven sencilla, dulce, candorosa, y vives dichoso, como el pez en el agua... yo, impresionable y aturdido, me casé con una mujer... muy guapa, eso si, pero celosa, vehemente, irascible, y vivo mártir como el pez que inútilmente forcejea por librarse del anzuelo que ha tragado... Yo era libre, feliz é independiente, y me abrí al cartaginés, es decir á Clara, incautamente; pero, hijo, me abrí de tal manera, que ya hace algunos años, y no me he podido cerrar todavía... La conocí una tarde en los Dos Cisnes. Allí estaba acompañada de su tia, y me pareció un ángel... No la tia, ¡jella!... Estaba comiendo pato... nunca lo olvidaré... Aquel pato, lo estoy yo pagando todavía... La miré, y me miró; suspiré y se echó á reir; la seguí cuando salió de la fonda, la declaré por fin mi amoroso pensamiento, y me dijo, con encantadora candidez, que tenía que contárselo á su tia. La tia accedió; despues de varios incidentes me hicieron entrar en la casa, me presentaron á todas sus relaciones, me *liaron*, en fin, de tal manera, que cuando quise excusar el compromiso, ya era imposible.

JORGE. Pues, hombre, haberle dicho: «¡no hay tu tia!»

JULIO. Y ¿cómo, si su tia estaba siempre con nosotros?

JORGE. ¡Tiene gracia!

JULIO. Desde entónces he sido un verdadero mártir. Ya no he tenido un instante de dicha, un segundo de reposo, ni un momento de libertad. Mi mujer me espiaha, me seguía, me registraba los bolsillos, examinaba mis papeles, me hacía sufrir un interrogatorio á cada paso, y un dia, porque se figuró que estaba despegado con ella... ¡asómbrate!... á poco más me pega.

- JORGE. Hombre, si estabas *despegado*... era natural.
- JULIO. Pero chico, desde que vinimos á esta casa, y mi mujer ha conocido á la tuya, y se visitan y salen juntas, ya tengo algunos ratos de encantadora libertad. Ahora... (Despues de levantarse y mirar receloso á todos lados.) ahora, hasta he tenido tiempo y ocasión para hacer una conquista.
- JORGE. Pero, Julio... (Tambien se ha puesto de pie.)
- JULIO. Como lo oyes... Supongo que me podré fiar de ti.
- JORGE. ¡Hombre!
- JULIO. No lo dudo... y en prueba de ello, voy á contártelo todo. (Con mucho misterio y despues de hacer lo mismo que ántes.) ¡Estoy enamorado de una americana!
- JORGE. (Riendo.) ¡Já, já, já! Pues con el frio que hace, sería mejor enamorarse de una capa.
- JULIO. No te burles... se trata de una americana de carne y hueso... ¡Qué mujer, amigo mio, qué mujer! Jóven, bonita, graciosa, elegante y apasionada... ¡Oh! Eso... ¡sobre todo!
- JORGE. (Riendo.) ¿Sobretudo? ¿Pues no decías que era americana?
- JULIO. En fin, chico, es una alhaja.
- JORGE. Querrás decir que es una prenda.
- JULIO. Eso es: una prenda... que me tiene prendado... (Transición.) Pero, ¡ah!
- JORGE. ¿Qué te pasa? ¿No te corresponde? ¿Es infiel? ¿Quiere á otro?
- JULIO. Al contrario.
- JORGE. ¿Conque hay un contrario? ¡Malo!
- JULIO. ¿Qué ha de haber? Digo que al contrario, está muerta por mí; pero tiene demasiado génio...
- JORGE. ¡Es artista!
- JULIO. Es una arpía.
- JORGE. ¿Toca el arpa? (Riendo.)
- JULIO. No... toca... en lo inverosímil, en lo horrible, cuando los celos se apoderan de ella.
- JORGE. ¡Hola!

- JULIO. Ó cuando me opongo á alguno de sus antojos. Un dia, hasta se arrancó el pelo, porque no aprobé un plan que había formado... un plan descabellado.
- JORGE. Pues como dé en esa costumbre, va á quedar ella mas descabellada que sus planes.
- JULIO. Y ayer... ayer me armó un escándalo, porque no quise abonarla al Real. Es verdad que estuve duro...
- JORGE. ¡Claro! Si ella quería el *¡Real*, y tu estuviste *duro*, te excediste en diez y nueve reales.
- JULIO. Pues bien: ¡asómbrate!... Ya tiene el abono. Lo ha pagado un inglés que hace tiempo la corteja.
- JORGE. ¡Magnífico! Ahora comprendo que debe ser una chica excelente.
- JULIO. ¿Por qué?
- JORGE. Porque tiene personas que la *abonen*.
- JULIO. Pues yo estoy loco, desesperado... Ya he ido tres veces á su casa con objeto de tener una explicación, y... ¡nada!
- JORGE. ¿Cómo es eso?
- JULIO. No la puedo ver.
- JORGE. Pues, hombre, ¿no dices que la quieres tanto?
- JULIO. Yo sé bien, que ella ha admitido ese abono, por despecho, por venganza, y estoy seguro de que ya se encuentra arrepentida... Sin embargo, su acción necesita un correctivo; y lo tendrá... En cuanto al inglés... ¡Oh! al inglés ese abono le va á costar caro.
- JORGE. No le debe haber costado muy barato, porque ya ves tú, en el Real... y ahora que han subido los precios...
- JULIO. Y despues de todo, cuando se le pasan esos arrebatos, cae de su burro, y es un ángel.
- JORGE. Un ángel... caído.
- JULIO. ¡Cómo!
- JORGE. Caído de su burro.
- JULIO. En cuanto á su ftsico... juzga por tí mismo. (Sacando un retrato que enseña á Jorge.) Mira... ¡mira qué cara! ¡Qué nariz! ¡Qué boca! ¡Qué ojos!
- JORGE. ¿Ojos?... Yo no veo más que uno.

- JULIO. ¡Claro! Como que está de perfil.
- JORGE. Bien... pues por eso...
- JULIO. ¡Vaya! ¿qué te parece?
- JORGE. ¡Al pelo!
- JULIO. ¡Oh! En cuanto al pelo, nada hay que decir... ¡Es magnífico!... y rubio como el oro.
- JORGE. ¡Hola! hola! Y tiene su dedicatoria... (Leyendo.) «Á mi embeleco...» Oye, te llama *embeleco*.
- JULIO. Bien, pero ha querido decir *embeleso*.
- JORGE. Comprendido. «Á mi embeleso... hiena... ¡Caracoles!... hiena con hache y todo: «hiena... morado...» Ah! «Julio, su *invareable*, Casiana!...» Bonito nombre!
- JULIO. ¡Pues!... Casiana Cuesta y Caro.
- JORGE. ¿Cuesta y Caro? Pues son dos apellidos que necesitan el caudal de Roschild. Pero, ¿cómo te atreves á llevar esto? ¡Si tu mujer lo viera!... Y con tu nombre!...
- JULIO. Solo lo ha escrito en el retrato: en las cartas únicamente pone la inicial ó una frase cariñosa. Por lo demás, no hay cuidado. Desde que mi mujer es amiga de la tuya, parece otra. Ni me registra, ni me espía.
- JORGE. Sin embargo...
- JULIO. Lo llevo para devolvérselo, si de la entrevista resultara un rompimiento.
- JORGE. Con tal de que no sea el de tu cabeza...
- JULIO. Ahora mismo vuelvo á su casa... Por eso quería pedirte un favor. Como no sé lo que podré tardar, yo desearía que entretuvieras á Clara cuando vuelva, á fin de que no extrañe mi ausencia, ni pueda escamarse por mi tardanza... ¿Confío en tí, eh?... No esperaba ménos de tu amistad... Son las dos... la doncella me ha dicho que podré verla á esta hora... Voy á su casa, y si encuentro allí al inglés, me las va á pagar todas juntas.
- JORGE. Pagar un inglés... sería un contra sentido.
- JULIO. No lo creas. Yo tuve uno de otra especie, á quien debía... y creo que todavía debo un piquillo. Pues bien, él nunca pudo cobrarme un céntimo, y yo,

en cambio, le cobré desde luégo...

JORGE. ¿Qué le cobraste?...

JULIO. ¡Pues ya lo creo! Le cobré... un miedo cerval... Conque... hasta luégo. (Váse por el fondo.)

ESCENA III.

JORGE.

Pues señor; es verdaderamente original este Julio. Ni los años le paran, ni su estado le cambia, ni las cuestiones domésticas le hacen mudar de carácter. Y hé aquí lo que consigue su mujer con los celos, reyertas y asechanzas. ¡Nada! ¡La base de la tranquilidad, el sostén del cariño, es la confianza... Cuánto tarda Sofía... (Vá hácia el balcon, y al asomarse hace como que vé á alguna persona en la casa de enfrente.) ¡Ah! Allí está la vecinita... Aquí tienen ustedes lo que pasa... Cuando mi mujer no salía más que conmigo, y no se separaba de mi lado, yo nunca me asomaba al balcón... Ahora suelo asomarme por ver si viene, y ¡es natural! he tenido que fijarme en que tengo una vecinita muy guapa... Allí está siempre sentada, detrás de los cristales de su balcón, ocupada en sus labores... Y ¡caramba si es guapa! Nunca tanto como mi mujer, por supuesto, pero... Ya se ha fijado ella en mis miradas y hasta creo que se ha sonreído algunas veces... ¡ay, qué sonrisa! No es tan dulce como la de mi mujer, eso no, no, pero... Si yo fuera un aturdido como Julio, ya le hubiera hecho una declaración, y ¡quién sabe! porque me parece que debe ser conquista fácil. Nunca tanto como mi mujer, pero... ¡Jesús qué barbaridad! Vaya, vaya! Es que cuando se pone uno á pensar en estas cosas, hasta el sentido comun está en riesgo de perderse. No, pero la verdad es, que es guapa... ¡Caracoles!... Vaya si es guapa! (Sigue mirando, sin notar que entran Clara y Sofia por el foro.)

ESCENA IV.

JORGE, CLARA y SOFÍA.

SOFIA. No hay nadie.

CLARA. (Viendo á Julio.) ¿Cómo que no? Ahí tiene usted á su esposo.

SOFIA. ¡Ah!

CLARA. Y mire usted qué distraído, mirando á la casa de enfrente... Alguna vecina...

SOFIA. ¡Clara!

CLARA. No sea usted inocente...

SOFIA. Mi marido es incapaz...

CLARA. Sí, como todos, incapaz... de sacramentos.

SOFIA. ¡Ejem! (Tosiendo.)

JORGE. ¿Eh? ¿Quién va? ¡Ah! ¿Son ustedes?... Buenos días, Clarita.

SOFIA. ¡Vaya! Qué distraído estabas...

JORGE. ¡Pch! No lo creas.

CLARA. Hace rato que estamos aquí, y ni lo ha sentido usted.

JORGE. ¡Sentirlo! ¿Por qué? Al contrario, me he alegrado muchísimo.

SOFIA. ¿Y qué mirabas con tanta atención?

JORGE. Pues... miraba... miraba á un señor que estaba en uno de los balcones de enfrente, y que me ha parecido desde aquí un antiguo amigo.

SOFIA. Ó amiga.

JORGE. Un señor. . amiga. Hija, es una concordancia que no se admite ni en Vizcaya... Pero si tú le debes conocer... ¿Te acuerdas de... Lesmes, aquel chico andaluz, tan decididor, tan alegre?... Pues ese... Ya hacía un siglo que no le veía y me ha parecido...

CLARA. (No se fie usted.) (Ap. á Sofia.)

SOFIA. (Pero, Clara...) (idem á Clara.)

JORGE. Y es un muchacho á quien yo quiero bien... Simpático, ocurrente... á su lado no era posible la tristeza, y

todos estaban distraídos. Recuerdo que, en cierta ocasión, le nombraron cajero de una sociedad, y por distraer... distrajo los fondos.

CLARA. Vaya, adios, Sofía. Voy á desnudarme y vuelvo por aquí. (Ap. á Sofía.) (Tenemos que hablar.) (Váse por el foro.)

SOFIA. Adios. ¡Qué sería lo que estaría mirando mi marido!

ESCENA V.

SOFÍA y JORGE.

JORGE. ¡Vaya! Y ¿dónde habeis estado tanto tiempo? (se sientan.)

SOFIA. Tanto tiempo? Pues si apénas hemos tardado media hora.

JORGE. Es que no estando á tu lado, las horas se me hacen siglos.

SOFIA. Por eso procuras pasarlas agradablemente en el balcón...

JORGE. Pero Sofía...

SOFIA. Nada, si no me enfado... haces bien.

JORGE. Pero, vamos á ver, ¿qué tiene eso de particular?

SOFIA. Nada.

JORGE. Pues entónces ¿á qué ese tonillo? ¿á qué esas reticencias?... En cambio, ¿te he preguntado yo para qué has salido, ni dónde has estado?

SOFIA. ¡Claro! Como que no te interesa... como que no te importa...

JORGE. Mujer, mira lo que dices... Hasta hoy hemos vivido tranquilos y dichosos, sin que la más ligera nube empañara el cielo de nuestro cariño. El amor, el respeto, la confianza, han sido el fundamento de nuestra felicidad.

SOFIA. Pero es que en la confianza está el peligro.

JORGE. Eso es un dislate. Esa es una teoría absurda, que te ha enseñado tu amigueta Clara, y con ella no hay ventura posible. En cuanto á esa señora... va á ser preci-

so recogerla el título de consejera, si por acaso alguien se lo ha dado.... y si no fuera mujer de Julio...

SOFIA. Pues mira como él procura complacerla en todo.

JORGE. ¿Y no hago yo lo mismo? Sólo que él lo hace por temor, y yo por afecto. Yo tengo en tí ciega confianza, porque eres digna de ella, y quiero que tú en mí la tengas absoluta, porque la merezco.

SOFIA. Bueno; pues dime á quién mirabas desde el balcón.

JORGE. ¡Dale!

SOFIA. Sin duda á esa jovencita que vive ahí enfrente, y que siempre está sentada detrás de los cristales, como joya en un escaparate.

JORGE. Pero Sofía, ¿qué es eso? Te estás haciendo suspicaz, maliciosa, murmuradora...

SOFIA. Anda, anda... sigueme encontrando defectos... Antes no te parecía todo eso.

JORGE. Porque antes no eras así.

SOFIA. Ó porque antes me querías más que ahora.

JORGE. (Pues señor, hay que hacer algo, no hay remedio... ¡Ah! qué idea!)

SOFIA. Qué?

JORGE. No... nada. (La lección puede ser dura, pero provechosa.)

SOFIA. Parece que te has quedado pensativo.

JORGE. Es que me disgusta ese recelo innmercido que me demuestras, y te ruego que sigas siendo para mí, lo que has sido siempre.

SOFIA. Está bien... no se hable más del asunto.

JORGE. No sabes cuánto te lo agradezco.

SOFIA. Voy á quitarme el sombrero y el abrigo, y vuelvo á tu lado. (Váse por la primera de la izquierda.)

ESCENA VI.

JORGE.

Nada... nada... manos á la obra... Yo no me atrevo á

hablar claramente á esa señora... pues la escribiré... No sería cortés enviarle la carta; pues hagamos de manera que ella misma la coja, ó que llegue á sus manos por conducto de Sofía... (Escribe.) Esto es... pocas palabras, pero buenas... Justamente... ajajá... clarito... Y si se pica, que se pique. ¡Ea! Se acabó... El recurso es delicado, pero contundente, y de seguro ha de producir efecto... la cierro, la guardo, y... (Al ir á guardarla se presenta Sofía.)

ESCENA VII.

JORGE y SOFÍA.

- SOFIA. ¡Ea! Ya me tienes aquí. ¿Qué es eso? Una carta?
JORGE. Sí!...
SOFIA. ¿Y se puede saber?... ¡Oh! no creas que es recelo ni suspicacia, ni nada de eso que tú dices; es curiosidad, simple curiosidad...
JORGE. Ó curiosidad simple.
SOFIA. Eso es... si tú quieres...
JORGE. (Con mucha gravedad y tono solemne.) Pues bien, Sofía, escúchame con atención!
SOFIA. ¡Qué tono!
JORGE. Nada te oculto; no tengo para tí secreto alguno; pero este papel, míralo bien; este papel no puedo entregártelo. ¿Por qué? No me lo preguntes... Aquí lo guardo, (Guardándolo en un cajón del secreter.) y cuenta con llegar á él... cuenta con tocarlo, porque acabarían para siempre nuestra paz y nuestra felicidad...
SOFIA. (Alarmada.) Pero Jorge, ¿qué dices?
JORGE. (Como ántes.) Esta casa ha sido, y es, un paraíso, un verdadero paraíso terrenal. Pues bien, en el paraíso había también algo prohibido, algo que no debía tocarse. El árbol del bien y del mal. Ese papel es la manzana. De cuanto hay, tu puedes disponer á tu antojo, cuanto quieras puedes hacer á tu capricho. Como has-

ta hoy, no tendré contigo secretos ni reservas de ningún género... pero si, por desdicha nuestra, llegaras á ese papel; si te atrevieras á ver lo que contiene, el paraíso se habrá perdido para siempre. Nada más te digo.

SOFIA. (Confundida y emocionada.) Está bien: tú puedes hacer lo que gustes, y yo te obedeceré siempre, porque es mi deber... pero, por Dios, no me hables más en ese tono.

JORGE. (¡Pobrecilla! ¡Es un ángel!) Oh! Descuida... De tí depende que seamos felices ó desdichados para siempre. Y ahora... dáme un abrazo, pelillos á la mar, y ¡viva nuestro cariño! (Se abrazan.)

SOFIA. Bueno, sí... pero deja que éntre otra vez en mi cuarto... Me he dejado el pañuelo... (Váse por la primera puerta de la izquierda.)

JORGE. Indudablemente la he dado un mal rato, y la dejo preparado otro peor... ¡Qué diablos! Á grandes males, grandes remedios... Ella es incapaz de abrir la carta, aún cuando esté rabiando por leerla; pero Clara la aconsejará, la excitará, y... en el pecado llevará la penitencia... ¡Ah! dejaré á prevención olvidada la llave... Eso es! (Váse por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII.

CLARA, por el foro.

Entra furiosa, y trae una carta que estruja entre las manos.

Esto es inconcebible, escandaloso... Sofía, Sofía... ¿Habrá venido por aquí ese monstruo?... ¡Infame! ¡En cuanto le eche la vista encima!... ¿Y aun habrá quien se fie de esos bandidos? Es claro... el mocito ha aprovechado bien la libertad en que le he dejado, desde que visito esta casa, y ya le tenemos metido en aventuras y en conquistas... ¡Pillo! Pero mía es la culpa... En uno de los bolsillos del gaban, se ha dejado olvidada esta carta. (Leyendo.) «Querrido Jota...» Ya le

:

haré yo bailar la jota aragonesa... «te negaste á abor-
narme al teatro Real, y mister Thon *loa echo*... In-
garto! *Llave ras* tú quien es Casiana...» ¡Casiana!
¡Quién será esta señora?... ¡Dios lo sabe!... Pero él...
él... ¡ay de él en cuanto caiga entre mis uñas!

ESCENA IX.

CLARA y JULIO por el foro.

- JULIO. (Entrando.) Ya estoy de vuelta.
CLARA. ¿Sí, eh? Pues voy a poner de vuelta y media.
JULIO. ¿Mujer, qué dices?
CLARA. ¡Eres un infame! ¿Dónde has estado?
JULIO. (Huy! Ya volvemos á las andadas...) Te diré, mujer,
te diré... Hé estado en *Le bon marché*, á pagar unos
picos que debía.
CLARA. ¡Unos picos!... ya me figuraba yo que habías estado
de picos... pardos.
JULIO. No, hija mia, esos picos pasaban ya de castaño oscuro.
CLARA. ¿Y en eso has empleado tanto tiempo?
JULIO. Nada de eso... despues, y cuando venía hácia casa,
me han encontrado unos amigos y me han entretenido
un rato.
CLARA. Julio, eres un perdido.
JULIO. Mujer, con que te digo que me han encontrado... Uno
de ellos me ha dado noticia de una sociedad que pien-
sa constituir...
CLARA. Á mí no me la das tú...
JULIO. ¿Qué? La noticia? ¿Y por qué no?... Verás... es una
sociedad anónima de seguros sobre la vida, que se
llamará *La verdad*.
CLARA. ¡Eso es mentira!
JULIO. Eso creo yo; pero se llamará *La verdad*.
CLARA. La verdad, es que tú eres un hombre sin decoro.
JULIO. ¡Clara!
CLARA. Sin pudor...

- JULIO. ¡Esposa!
- CLARA. Sin conciencia...
- JULIO. ¡Señora!
- CLARA. Un hombre que pretende engañarme del modo más miserable.
- JULIO. No, hija mía; no lo creas; yo no pretendo engañarte de ningún modo, ni miserable, ni rumboso.
- CLARA. ¡Calle usted!
- JULIO. Pero...
- CLARA. Cierre usted la boca y responda usted á lo que yo pregunte.
- JULIO. ¿Con la boca cerrada? Me va á costar mucho trabajo.
- CLARA. ¿Quién es Casiana?
- JULIO. (Huy!) Casiana?... (Con la boca cerrada.)
- CLARA. Sí señor...
- JULIO. Casiana... Pues no lo sé. (Lo mismo)
- CLARA. Hable usted y no mienta ¿Quién es Casiana?
- JULIO. Casi... ana... Casi... ana. Ah! Vamos, sí... Una que no debe ser Ana del todo.
- CLARA. ¡Te vienes con burlas!.. Es inútil... tengo las pruebas.
- JULIO. ¿Qué pruebas?
- CLARA. Una carta.
- JULIO. (¡Caracoles!) Veamos, qué carta es esa?
- CLARA. Ahí vá. (Enseñándosela.)
- JULIO. Ahí vá... pues ya lo sé... el caballo de copas.
- CLARA. Sigue la broma... Bien... esta vez yo sabré acusarte las cuarenta.
- JULIO. Para eso, es preciso que tuvieras también el rey, y que estuviéramos jugando al tute.
- CLARA. No es mal tute el que yo te voy á dar... ¡pillo!
- JULIO. Tú me insultas.
- CLARA. No... te digo la verdad. Por algo me llamo *Clara*.
- JULIO. ¿Sí? Pues cuenta con que yo te haga sudar la gota gorda.
- CLARA. ¿Sudar?...
- JULIO. ¡Claro! Por algo me llamo *Julio*.
- CLARA. En fin, ¿me explicarás lo que esto significa?

- JULIO. ¿Esto?... esto?... (¡Á Roma por todo!) ¡Pues esto es una infamia! (Con indignación cómica)
- CLARA. ¡Ah! ¿Lo confiesas?
- JULIO. Sí, lo confieso, querida Clara; es una infamia... pero no mía.
- CLARA. ¡Mentira!
- JULIO. Mujer, cuando yo confieso...
- CLARA. Sí, pero yo no comulgo... con ruedas de molino.
- JULIO. Puedes creerme.
- CLARA. Aquí dice muy claro: «Querido Jota.»
- JULIO. Pues sin embargo, esa *Jota*, no es esta *Jota*. (Señalando á sí.)
- CLARA. ¿Quién es entónces?
- JULIO. (¿Quién será!...) La *jota* á que se refiere esa *jota*, no es una *jota*, es una *quis*... es decir, un incógnito.
- CLARA. Acabaremos por no entender jota de todo esto.
- JULIO. Pues hija, es lo único que se entiende hasta ahora.
- CLARA. Basta ya de bromas. La cosa no admite dudas. Querido jota... querido Julio.
- JULIO. Pues no señor... Querido Jota. (Como ocurriéndole de pronto una idea.) Querido Jorge... (Allá va eso.)
- CLARA. ¿Jorge?
- JULIO. (Con mucho misterio.) Sí señora... Jorge, el marido de Sofía. Desde hace algún tiempo, su mujer lo cела, lo espía, le registra los bolsillos y los papeles, y él me entregó esa carta para que no cayera en su poder. Ahí tienes lo que se consigue con esos espionajes, que tan fácilmente se burlan... ¡Nada!
- CLARA. ¿No me engañas?
- JULIO. ¡Cómo! ¿Puedes figurarte?... Pero te ruego que me guardes el secreto... Ya ves... dirá que soy un hablador... un mal amigo... un...
- CLARA. No te creo.
- JULIO. Pero mujer, si hubiera sido cosa mía, conociéndote, ¿hubiera yo tenido ese papel en casa? ¿Lo hubiera dejado en un bolsillo del gaban?
- CLARA. Eso es verdad. Pero, aquí viene Sofía... ¡Pobrecita!

Sería inútil no ponerla en antecedentes; no abrirla los ojos...

JULIO. ¡Ave María Purísima! Tú me quieres comprometer... poner en evidencia...

CLARA. Yo debo cumplir como una buena amiga...

JULIO. Sí, ¿eh? Buena nos la dé Dios... Pero considera que Jorge es también amigo mío, que se ha confiado á mí y que no es caballeroso, ni digno, ni decente...

CLARA. Es verdad... en eso tienes razón...

JULIO. De modo, que puedo confiar en que no le dirás una palabra...

CLARA. Tranquilízate y descuida; por mí no sabrá nada, absolutamente nada.

JULIO. (Ah! Respiro!...)

CLARA. (Va á ser para ella un escopetazo la noticia... porque yo se lo digo, vaya si se lo digo.)

JULIO. (Sin embargo, por lo que pueda ocurrir bueno será quitarse de en medio...)

CLARA. Aquí está.

JULIO. Sí?... Pues... vuelvo. (Váse por el foro.)

ESCENA X.

CLARA y SOFÍA.

SOFÍA. (Saliendo.) ¡Ah! ¿Es usted?

CLARA. Sí, hija mía, yo soy... Pero ¿qué veo? Usted ha llorado... (Se sientan al lado de la chimenea.)

SOFÍA. No; no lo crea usted.

CLARA. ¡Cómo que no!... Si tiene usted los ojos encendidos... ¿Ha descubierto usted alguna cosa?

SOFÍA. No, amiga mía, ¡qué disparate! Mi marido es incapaz de engañarme.

CLARA. Inocente!... ¿Sabe usted por fin á quién miraba desde el balcón? ¿Á quién hacía guiños y señas?

SOFÍA. Guiños y señas? Yo no he visto tal cosa.

CLARA. Porque ustedes, con la venda de la confianza, no ven

más allá de sus narices.

SOFIA. ¡Oh! nada de eso... Es que yo no puedo ver lo que no pasa, lo que no existe... Mi marido ha tenido conmigo una explicación, y me ha hablado con un tono tan severo, con un acento de sinceridad, que ha hecho asomar las lágrimas á mis ojos, y me ha hecho arrepentirme de mis dudas y de mi conducta con él...

CLARA. (Si me habrá engañado Julio...) Bien... bien... pero créame usted, vecinita, en la confianza está el peligro, de los escarmentados nacen los avisados, y más vale un ¡por si acaso! que un ¿quién pensara?

SOFIA. No comprendo...

CLARA. ¿Usted sabe á quién miraba su marido desde el balcón?

SOFIA. Yo, al principio, me figuré que sería á esa jóven que siempre está sentada detrás de los cristales.

CLARA. ¿Y cómo se llama esa jóven?

SOFIA. Qué sé yo...

CLARA. Pues es preciso averiguarlo.

SOFIA. ¡Ah! Espere usted... ahora recuerdo que un día la oí llamar... y me fijé eu el nombre, porque era bastante feo.

CLARA. ¿Qué nombre era ese?

SOFIA. Era... (Después de recordar un momento.) Casiana.

CLARA. ¡Ah! No me había engañado Julio. (Levantándose.)

SOFIA. ¿Qué dice usted? (Ídem.)

CLARA. Sofía... no sea usted niña... su marido tiene secretos para usted... su marido anda en misterios... en lios...

SOFIA. ¿Cómo sabe usted?...

CLARA. Es necesario que abra usted los ojos y que no se deje engañar...

SOFIA. ¿Luégo usted cree que esa carta?...

CLARA. ¿Quién se lo ha dicho á usted?...

SOFIA. Él mismo... pero yo creía que usted ignoraba...

CLARA. Á ver, explíquese usted.

SOFIA. Hace poco entré en esta habitación, y le sorprendí con una carta en la mano. Le pregunté para quien era, y no me lo quiso decir. Por el contrario,

se puso muy grave, muy sério, y con un acento extraño que me asustó, me dijo. «Yo no tengo secretos para tí!... Puedes ver lo que quieras, ménos esta carta, que guardo aquí,» y la encerró en el *secreter*. «Si respetas esta prohibición seremos dichosos, pero si nó nuestra paz habrá concluido para siempre.

CLARA. Pues hay que ver esa carta sin remedio.

SOFIA. Ni pensarlo.

CLARA. Esa carta es la respuesta á otra, que está en mi poder...

SOFIA. Imposible...

CLARA. ¿Imposible? ¡Vaya! Pues lea usted, y no se deje engañar tan fácilmente.

SOFIA. (Después de leer la carta que le dá Clara.) ¡Dios mio! Pero ¿esta carta es para mi marido?

CLARA. ¡Qué duda cabe!

SOFIA. ¡Ay, qué desgraciada soy! (Llora.)

CLARA. Vamos, Sofiita, tenga usted ánimo, energía, coraje. No hay que ponerse los ojos más encendidos... Lo que hay que hacer es sacar los suyos á ese bribón... Ante todo, veamos esa otra carta...

SOFIA. ¡Oh! Eso nunca.

CLARA. Jesús, ¡qué timidez! Merece usted lo que la sucede...

SOFIA. Si él supiera...

CLARA. ¿Y qué? ¿Vá usted á guardar miramientos, á quien sin ninguno la engaña? Usted no se atreve... Pues bien, yo la veré... Afortunadamente se ha dejado olvidada la llave. (Abre el cajón del *secreter*.)

SOFIA. Pero, ¿qué vá usted á hacer?

CLARA. No sea usted niña... Aquí está la carta... (Sacándola.)

SOFIA. ¡Oh! ¡No la abra usted, por Dios! Reflexione usted que ese papel es la manzana.

CLARA. ¿La manzana? Pues precisamente me muero yo por esa fruta. Está cerrada; pero con maña puede abrirse y volverse á cerrar sin que se note. Estoy tan acostumbrada á hacerlo... Y es inútil. No está escrito el sobre, y con ponerle otro... Ya está.

SOFIA. ¿Qué dice?

CLARA. (Leyendo.) «Querida Eva...»

SOFIA. ¡Eva!

CLARA. Ay! Estos son otros cantares... Su marido de usted tiene relaciones con alguna judía.

SOFIA. ¡Ah! Comprendo... No siga usted, por Dios.

CLARA. Pues ya... (Leyendo.) «Querida Eva. Hasta hoy hemos estado en el paraíso...» Eso es, y en adelante irán á la butaca... ¡qué desfachatez! Aquí tiene usted lo del abono. «Pero la astuta serpiente ha logrado seducirte...» ¡No está él mala serpiente!... «Y has comido del fruto prohibido...» ¡Bonito fruto!

SOFIA. ¡Oh! Calle usted, que esto es más sério de lo que parece...

CLARA. ¿Cómo es eso?

SOFIA. Esa Eva soy yo... yo, que por su causa me he expuesto á que mi marido me dé esta lección, dura, pero merecida...

CLARA. ¡Vaya! Eso sería una impertinencia.

SOFIA. Que no hubiéramos visto sin su obstinación.

CLARA. Bien, sigo. (Leyendo.) «Tu curiosidad nos ha privado »de la dicha, tu debilidad, cediendo á las instigaciones »de ese animal... de ese animal pérfido, ha introduci- »do la desconfianza, y con ella no hay ventura posi- »ble. Eva, has pecado... pero por esta vez quiero ser »generoso, y voy á reformar el Génesis...» Qué barbaridad!... «Y en vez de ser tú la expulsada de este »paraíso...» ¡Vamos, á usted la perdona la vida! «sólo »deseo que... no vuelva á entrar en él... la serpien- »te...» Es decir, que me pone de patitas en la calle... ¡Qué insolencia!

SOFIA. (Mirando la carta.) Y firma: «*Adán.*»

CLARA. Sí, pero ha escrito con las de Caín. Sin embargo, esto no puede quedar de este modo... ¡Es claro! Él quiere hacer de usted una víctima, y le molesta que haya quien se interese por usted, quien la advierta, quien la aconseje y descubra sus trapicheos... Pero yo tengo

la prueba, y con ella sabré confundirle y castigar su impertinencia.

ESCENA XI.

DICHAS, JORGE por la segunda puerta de la izquierda.

- JORGE. ¡Hola, Clarita! ¿Usted otra vez por aquí?
- CLARA. (¡Á buen tiempo legal!)
- SOFIA. (Bajo á Clara.) (Por Dios, Clara!)
- CLARA. (Id. á Sofia.) (¡Oh! Ya verá usted! Ya verá usted!) Si señor... otra vez. Como ¡sé cuánto gusto tiene usted en verme... y cuánto le satisface mi amistad con Sofia...
- JORGE. ¿Puede usted dudarle?
- CLARA. ¡Oh! De ningun modo... Y eso que las alianzas de las hijas de Eva, nunca las ven con agrado los hijos de Adan; es decir, los Adanes...
- JORGE. (¡Ah! (Reparando en el cajón abierto del secreter.)
- SOFIA. (¡Qué imprudencial!)
- CLARA. No se ofenda usted. Ha sido un juego de palabras...
- JORGE. Un juego...
- CLARA. Un juego... en que han querido *arrastrarme*, sin contar con que yo tenía para fallar la *mala*... ¡pero qué mala!
- JORGE. Si no se explica usted.
- SOFIA. (¡Vamos! Yo estoy inquieta, violenta...)
- CLARA. Eso es, hágase usted ahora el desentendido. (Dándole la carta que sacó del secreter.)
- JORGE. ¡Ah! ¿Usted ha leído?... Pues bien, Clara, yo lo siento mucho, pero usted lo ha querido, y en el pecado lleva la penitencia... Mi ventura, mi tranquilidad, vale más que nada... (Echa la carta sobre el velador.)
- CLARA. Tú... tú... tú...
- JORGE. Yo siento que usted haya podido incomodarse.
- CLARA. ¡Por qué? ¿Por qué me llama usted serpiente? En algunas ocasiones quisiera serlo de cascabel. Mas se

ofende usted á sí mismo... porque ya ve usted, un Adan....

SOFIA. Sin embargo, Adan no engañó á su mujer.

CLARA. Como que no había Casianas en el Paraiso.

JORGE. ¿Casianas?...

CLARA. ¡Hola! ¿Se sorprende usted? ¿No le dije que yo tenía la malilla? ¡Carta canta. (Enseñándole la carta primera que tiene en la mano Sofía.)

JORGE. Sí, pero esta carta, ni canta, ni reza conmigo.

CLARA. ¡No, eh? Querido Jota, querido Jorge... Casiana, la vecina de enfrente, á quien usted hace el oso.

JORGE. Pues bien, ni esa Casiana es la vecina, ni ese Jota soy yo; ese oso es...

ESCENA XII.

DICHOS, JULIO, por el foro.

JULIO. Soy yo. (Entrando, sin fijarse en lo que hablaban, y yendo á dejar el sombrero.)

CLARA. ¿Quién, tú?

JORGE. No, no señora. Otro, un extraño: otra persona que no tengo para qué nombrar. (Quedan colocados en la forma indicada al pie. (1))

SOFIA. (Oh! ¿Qué es esto?)

JULIO. (Bajo á Jorge.) ¡Se trata de mi carta! Chico, por Dios, no me comprometas.

JORGE. (Descuida...) (Id. á Julio.)

CLARA. Vamos, es eso todo lo que tiene usted que decir? Confiése usted que se ve cogido, apabullado, y que no encuentra la salida. Usted, indirectamente, me ha echado de su casa. Está bien, me iré. Pero conste que lo hace usted para sacrificar á esta inocente, y engañarla, sin que tenga quien mire por ella, ni quien la quite de los ojos la venda de la confianza que nos pierde... Yo tambien tengo esa venda todavía; pero ya he podido

(1) Julio, Jorge, Sofía, Clara.

levantarla algo, y no me tapa más que un ojo.

JULIO. (¡Claro! Como los caballos de los toros...)

CLARA. Pero despues de todo, ha llegado Julio á buen tiempo.

JULIO. ¿Á buen tiempo? (Pues entónces, para cuándo son los rayos?)

CLARA. (Á Julio.) Vamos á ver, hombre, confúndelo.⁵

JULIO. Que lo confunda? ¿Y con quién? ¿Con quién lo confundo?

CLARA. Jorge niega que esa carta sea para él.

JULIO. ¡Ah! ¿Conque lo niega?

JORGE. Ya lo creo que lo niego.

JULIO. Es natural.

CLARA. Cómo es eso? Pues no dijiste tú mismo que él te había entregado esa carta para que no cayera en manos de su mujer? (Julio le hace señas para que calle.)

JORGE. ¡Ah! Tú has dicho?

JULIO. (Desconcertado.) Te diré hombre, te diré... (Maldita lengua!) Yo dije, es cierto, yo dije... yo dije... (Pasa por delante de Sofía, seguido de Jorge, quedando en la forma abajo indicada.) (1)

JORGE. Sí, no eres tú mal dije...

JULIO. (Bajo á Clara.) Lo ves, me has comprometido con un amigo!...

SOFIA. Jorge, ¿qué significa esto? Esa confusion... esa carta... esa vecina...

JORGE. (Bajo á Sofía) Yo te lo explicaré más tarde...

SOFIA. ¿No me engañarás?... (Como ántes.)

CLARA. Y en cuanto á tí...

JULIO. ¡Vamos, sí! Yo las pagaré todas juntas...

CLARA. No te volverás á separar de mi lado, no volveré á dejarte en la dañosa libertad en que por algun tiempo has vivido. Registraré tus bolsillos, escudriñaré tus papeles, y, ¡ay de tí! el dia que te coja en un renuncio. Por de pronto, y para que esta inocente aprenda lo que debe hacer, voy á registrarte ahora mismo.

(1) Sofía, Jorge, Julio, Clara.

- JULIO. (¡Caracoles! Y yo que tengo en el bolsillo el retrato de Casiana...) (Escondiéndose detrás de Julio.) Pero mujer, considera que eso es ridículo.
- SOFIA. ¡Pero Clara!...
- JORGE. ¡Pero señora!
- CLARA. (¡Oh! Estoy furiosa, y necesito vengarme en alguien.) Venga usted acá. (Á Julio.)
- SOFIA. Pero Clarita, por Dios, ¿á qué vienen esos arrebatos?
- JULIO. (Que ha sacado el retrato del bolsillo se lo dá á Jorge sin que lo vea Clara, quedando los dos en el centro y cada uno al lado de su mujer.) Toma, chico, guarda eso...
- CLARA. Está bien... Nos marcharemos, y en casa, yo te ajustaré las cuentas...
- JULIO. Pues de seguro salgo debiendo...
- CLARA. Eh?
- JULIO. Debiendo... hacer una barbaridad.
- SOFIA. (Qué es eso?) (Bajo á Jorge.)
- JORGE. (Id. á Sofía.) (Un retrato que Julio acaba de entregarme, para que no lo coja su mujer...)
- SOFIA. Ah! (Id.)
- JORGE. (Id.) Mira y convéncete, esta Casiana, no es la vecina; lee, *Julio*, con todas sus letras.
- CLARA. (Que ha estado hablando acaloradamente con su marido, repara en el retrato que tiene Jorge en la mano.) ¿Qué es eso? ¡Un retrato!
- JULIO. (¡María Santísima!)
- JORGE. Sí, el de Casiana...
- JULIO. (¡Ay! Este me pierde...)
- CLARA. ¿Á ver, á ver?
- SOFIA. ¡Oh! nada de eso... (Echando el retrato á la chimenea.) Esta señora ha muerto para todos nosotros, su carta ha sido una ilusión, y todo lo ocurrido un sueño, que por fortuna ha concluido.
- JORGE. ¡Oh! En cuanto á mi carta... (Coge la que echó al velador.)
- SOFIA. No. Esa no se rompe... Quiero conservarla como enseñanza, y como castigo... (Á Clara.) y algunas veces.

la leeremos juntas.

CLARA. ¿Yo? (¡Facilillo fuera!) Nosotros nos marchamos de Madrid, dentro de unos días...

JORGE. ¡Ah! (Después de un gran suspiro de satisfacción.) Crea usted que yo siento en el alma lo ocurrido...

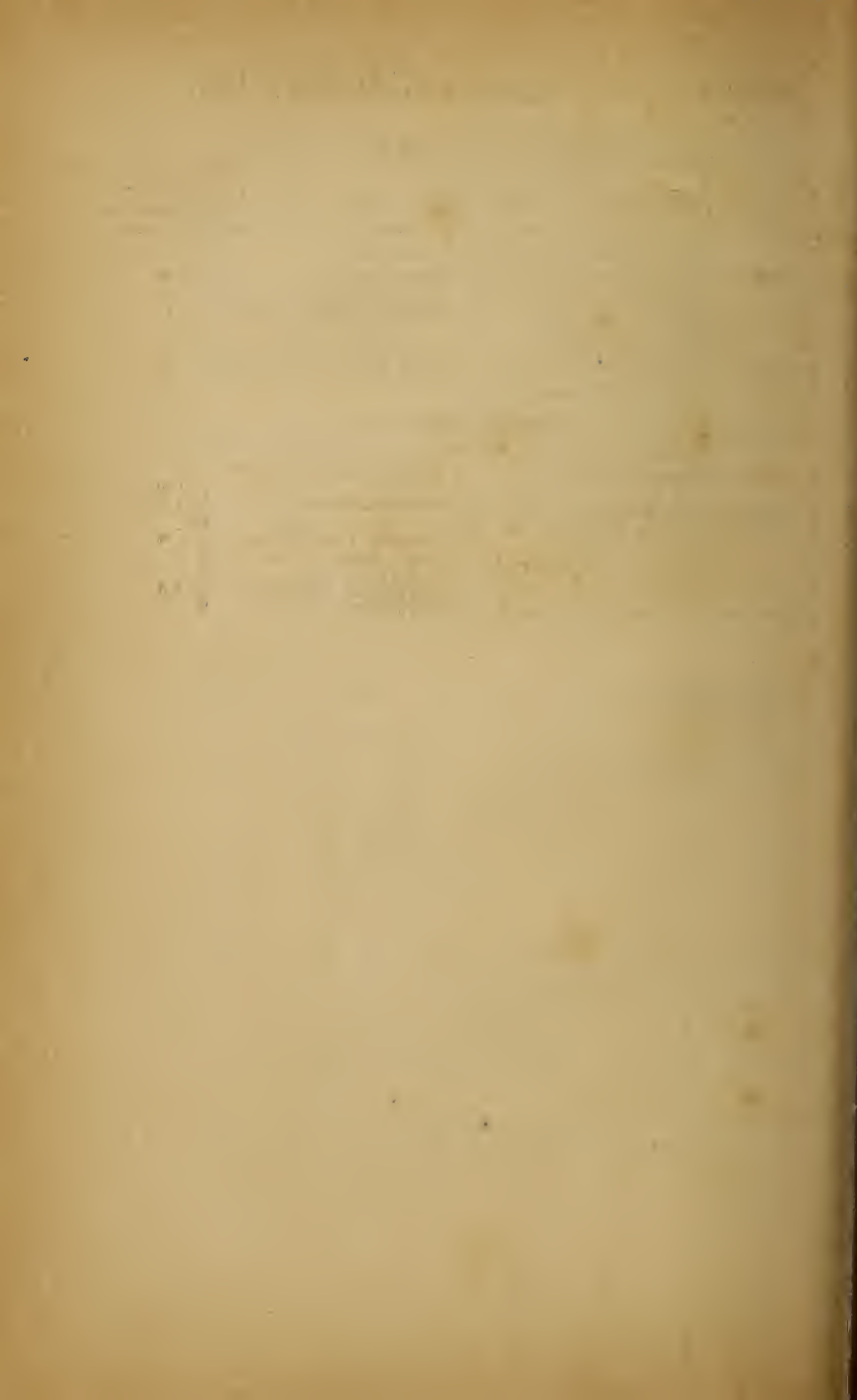
SOFIA. Y que yo tendría un verdadero placer en ver á usted por esta casa, donde nunca volverá á turbarse la paz, por culpa mia.

JULIO. ¡Yo también lo siento, amigos míos, yo también lo siento! (Con aflicción cómica.)

JORGE. (Á Sofía.) Por mi parte, te prometo que siempre seré un marido modelo, un marido ejemplar; un marido que no tendré *pero*.

SOFIA. ¡Ay, sí, Jorge de mi vida, ni *pero*... (Señalando á su carta.) ni *manzana*.

FIN.



ADICION AL CATÁLOGO GENERAL DE 1.º DE JUNIO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
Homb.					
Mujrs.					
6	»	Buzon de peticiones—c. o. p.	1	D. Manuel Ramos.....	Toda.
6	1	El pillo y el caballero, <i>parodia</i>	1	Juan M. Eguilaz.....	»
»	»	La costilla de Perez.....	1	M. Ramos Carrion.....	»
2	2	La manzana—c. o. p.	1	Felipe Perez y Gonzalez....	»
»	»	La muerte de Lucrecia—t. o. v....	1	Leopoldo Caro.....	»
»	»	Un cambio de situacion.....	1	Felipe Perez y Gonzalez ...	»
8	3	Los frutos del error.....	3	Pedro Castañez.....	»

ZARZUELAS.

»	»	Agua y cuernos.....	1	Sres. M. Pina Dominguez, Chueca y Valverde.	L. y M.
5	2	Á la sombra de papá.....	1	Garcés y Cansino.	L. y M.
3	1	Cristóforo Colombo, <i>ópera</i>	1	D. Antonio Llanos.	M.
»	»	El fantasma.	1	Sres. Fernandez Ferrer y Clavtjo.	L. y M.
»	»	Les estrenes.	1	J. Such y Sierra.....	M.
»	»	Mania per lo Italiá.....	1	J. Such y Sierra.	M.
»	»	Mazzantini.	1	Infante Palacios y Hernandez.	L. y M.
3	3	Pérdida.....	1	D. Isidoro Hernandez.....	M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y Compañía*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, **LISBOA** y *D. Joaquim Duarte de Mattos Junior*, rua de Bemjardin, **PORTO**. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, **MILAN**.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.